

Cásate conmigo

Rómulo Timoteo Baretta



Capítulo 1

Miguel observó cómo las gotas de lluvia rodaban por la ventanilla del lado del conductor. Las pequeñas, esas gotitas que comienzan en la parte superior se unieron lentamente a más gotas, creando finalmente una sola gota de lluvia que viajaba por la ventana.

Una sonrisa se dibujó en su rostro al recordar los días en que viajaba en el asiento trasero del auto de sus padres, eligiendo gotas de lluvia para ganar en carreras por la ventana.

Mientras reclinaba su asiento, Miguel miró por la ventana, más allá de las gotas de lluvia hacia la pequeña casa azul en la esquina.

Observó cómo las luces se encendían y apagaban en diferentes ventanas, suponiendo que debía ser Sara terminando de prepararse. Los recuerdos inundaron la mente de Miguel mientras permanecía sentado, con los ojos cerrados, escuchando la lluvia.

Las imágenes de Sara corriendo hacia el auto en sus pantalones cortos y camisetas sin mangas eran sus favoritas. Ella siempre fue la más enérgica en el verano.

El invierno era generalmente el más divertido de ver cuando manejaba hasta su casa para recogerla. Nunca podría llegar al automóvil sin resbalar en la acera y por lo general pasaba el resto de la noche riéndose de sí misma.

Miguel abrió los ojos para comprobar la puerta de entrada. Todavía no, Sara.

Echó un vistazo al asiento del pasajero y recogió algunas tazas de café que había escondido en el asiento. Siempre le gustó verla allí sentada.

Alrededor de las personas, ella es la persona más tranquila que Miguel conoce, pero cuando se sienta en ese asiento, puede hablar durante horas.

Él no lo haría de otra manera. Miguel finalmente vio movimiento por el rabillo del ojo y se giró para ver a Sara cerrar la puerta y caminar hacia el automóvil.

Su cuerpo parecía rígido mientras daba pasos rápidos y mantenía sus brazos cruzados sobre su pecho.

Preocupado, Miguel se inclinó sobre el automóvil hacia la puerta del

pasajero y lo abrió. Sin contacto visual, Sara se deslizó adentro.

"Oye, ¿estás bien?", preguntó Miguel.

"¿Podemos conducir un poco?", dijo Sara en voz baja.

Miguel la miró por un momento mientras ella permanecía inmóvil en su asiento.

Finalmente se encogió de hombros y se alejó por la carretera.

Los dos se sentaron en silencio durante lo que parecieron años. Miguel no pudo leerla. Su cuerpo estaba apretado y sus brazos todavía estaban cruzados.

Ella miraba por la ventana y olfateaba cada cinco minutos.

Miguel se acercó y puso su mano sobre su rodilla. "Puedes hablar conmigo, lo sabes", dijo.

"No hemos estado saliendo durante cuatro años para que no me hables cuando algo anda mal".

Se volvió hacia Miguel, las lágrimas corrían por su rostro. "Nos estamos moviendo".

Sus aromas se convirtieron en sollozos mientras enterraba la cara en sus manos.

Miguel vio cómo las mujeres fuertes que había conocido se derrumbaron en el asiento junto a él.

Rápidamente detuvo el automóvil e inspiró profundamente, pensando en qué decir a continuación.

"¿A dónde?", preguntó mientras la acariciaba.

Sus sollozos se hicieron más duros y Miguel se reclinó hacia atrás, sabiendo que probablemente le hiciera una pregunta incorrecta.

Cuando se calmó, Sara se limpió la máscara que tenía debajo de los ojos y recuperó el aliento.

"Cordoba", dijo, aún resoplando. "1839 kms de distancia".

El corazón de Miguel se hundió y las preguntas se acumularon en su

cabeza.

Hablaron de su futuro juntos: casarse, formar una familia, construir una casa.

"Mi papá consiguió una muy buena oferta de trabajo allí. Es un buen vecindario, supongo. Y mi madre dijo que podríamos conseguir un perro si quisiéramos ", dijo, tratando de contener las lágrimas.

Esa era la Sara que Miguel conocía.

Incluso en la peor situación, siempre estaba cansada de ser positiva.

Él suspiró. ¿Cómo podría vivir sin ella? Pensó. Miguel buscó soluciones. Miró por la ventana para ver las gotas de nuevo. Vio varias formas juntas y se movió por la ventana, rodando fuera del automóvil.

Una idea creció lentamente en su mente. Tenían que estar juntos. No había otra opción. Tenían que hacer lo que fuera que funcionaría.

"Cásate conmigo", dijo Miguel, volviéndose para mirar a Sara. Su llanto se detuvo y el silencio llenó el automóvil de nuevo.

"¿Qué?", susurró ella.

"Sara, ¿te casarías conmigo?"

Sus ojos se agrandaron mientras contenía la respiración. Ella se movió hacia atrás en su asiento y cruzó las manos en su regazo.

Miguel estaba de acuerdo con el silencio. Él quería que ella pensara sobre esto. Fue una gran decisión.

Él notó que sus ojos se iluminaban mientras ella se volvía hacia él.

"Sí", su sonrisa era la más grande que jamás había visto. Miguel no pudo evitar soltar una carcajada de alivio cuando se acercó y la abrazó.

Él la abrazó mientras ella hundía la cara en su pecho y se reía entre lágrimas. Él sonrió mientras miraba alrededor de su auto otra vez.

El sonido de la lluvia fue reconfortante y tranquilizador. Le dio a Sara un pequeño apretón, aferrándose al amor de su vida.

Otro recuerdo añadido a este automóvil, pensó.